



Vivir en “Soachington”: aspiraciones y realidades de la formación de clases medias a través de la compra de vivienda en propiedad horizontal

Adriana Hurtado Tarazona¹

Documento de trabajo presentado en el V Seminario-Taller de Investigación sobre Clases Medias.

CIS-CONICET/IDES
Buenos Aires, Argentina
25 y 26 de abril de 2017

Contexto: clase media y vivienda propia en Colombia

En 2015 el Presidente de la República, citando cifras del Banco Interamericano de Desarrollo, anunció que el 55% de la población del país es ahora de clase media, ya que en los últimos años cada vez más personas han podido “salir” de la pobreza².

“Acá la clase media no es de jardín y piscina”, dice Rafael de la Cruz, representante del BID en Colombia. “Nosotros la vemos más bien como un grupo que superó la pobreza y que puede destinar parte de sus ingresos a adquirir bienes materiales”. En Colombia, la clase media compra casa y carro, tiene tarjeta de crédito y teléfono inteligente y puede pensar en la educación de sus hijos y en la seguridad de su familia. (Revista Semana, 16 de marzo de 2015³)

En Colombia el término “clase media” se usa de manera explícita en el discurso oficial (del Gobierno, del sector financiero) desde una perspectiva que se limita a un rango de ingresos y a determinada capacidad de consumo. Desde la política nacional de vivienda, se asume como “clase media” a los hogares con ingresos entre 2 y 4 salarios mínimos (equivalentes a entre USD 515 y USD 1032 mensuales)⁴, quienes con ayuda de un subsidio y de un crédito hipotecario pueden acceder al “sueño de la vivienda propia”. Estas clases medias son cercanas a las que caracteriza Kopper (2013) para el caso de Brasil: clases medias emergentes o nuevas que carecen de la acumulación de otros tipos de capitales. No tienen ni el nivel educativo ni las condiciones laborales de lo que comúnmente se conoce como las “clases medias globales” (Heiman, Liechty, & Freeman, 2012), y generalmente son más pobres y más “oscuras” que estas (Dávila, 2016). Pero sí cuentan con una capacidad de

1 Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia) a.hurtado10@uniandes.edu.co. Este documento se basa en la investigación de mi tesis doctoral, financiada por Colciencias y la FURS.

2 Álvarez-Rivadulla (2016) señaló que este y otros anuncios aún más optimistas del crecimiento de la clase media en Colombia contrastan con indicadores que muestran la enorme desigualdad (Coeficiente de Gini de 0,522 y un 48% de la población trabaja en el sector informal según el DANE).

3 <http://www.semana.com/nacion/articulo/colombia-un-pais-de-clase-media/427747-3>

4 Dec 428 de 2015 del Ministerio de Vivienda, que establece el programa de promoción de acceso a la vivienda de interés social “Mi casa Ya”.

consumo de bienes y servicios –que en parte se debe a la expansión del crédito y a estrategias de mercadeo de las empresas orientadas a la “base de la pirámide” para capturar nuevos sectores sociales o “mercados emergentes” como consumidores – (Beuf, 2012; Kopper, 2013).

En muchos países de América Latina la formación de clases medias se evoca para justificar intervenciones neoliberales como megaproyectos urbanos y centros comerciales (Dávila, 2016). Es justamente lo que ha pasado en las periferias de Bogotá, en las que la vivienda para las clases medias emergentes se construye en forma de grandes urbanizaciones de conjuntos cerrados de edificios – la forma residencial predominante de producción de vivienda para las clases medias e incluso altas de la ciudad- en áreas históricamente ocupadas por urbanizaciones de origen informal y comercios de pequeña escala.

En uno de estos sectores queda ubicado el lugar de esta investigación: Ciudad Verde, una ciudadela de 49.500 viviendas, en construcción desde 2010, en el municipio de Soacha, al borde sur de Bogotá. Presentada como una experiencia exitosa de la política de vivienda del Gobierno Nacional, este macroproyecto (el más grande del país) suple viviendas de distintos rangos de precio, tanto para quienes recién están “saliendo” de la pobreza como para quienes se encuentran ubicados en un rango medio de ingresos más consolidado; en una ciudadela planificada que incluye conjuntos cerrados de apartamentos, parques, centros comerciales, colegios privados y públicos y a futuro un hospital y una universidad privada. Ciudad Verde es entonces un ámbito que espacialmente se asemeja a la vivienda de las clases medias consolidadas de la ciudad, pero que está habitado por personas que se encuentran rodeando el límite entre la clase baja y la media.



Casa y carro: el ascenso a la clase media (Imagen recuperada de www.ciudadverde.com.co el 7 de febrero de 2017)

Los residentes (propietarios) de Ciudad Verde tienen diferencias -en trayectorias residenciales y de clase, en visiones del presente y en expectativas hacia el futuro-, pero tienen por lo menos una vivencia en común: pudieron cumplir “el sueño de la vivienda propia” a través del consumo de determinado tipo de espacio residencial dentro de la geografía social y espacial del estatus en la ciudad (Fleischer, 2010). Y esto de hecho los hace parte de un grupo que se diferencia de “los pobres”, pues acceder a una vivienda propia en el mercado formal es todavía algo muy difícil de alcanzar para los sectores de más bajos ingresos y trabajadores del sector informal en Colombia (Cuervo & Jaramillo, 2009). Ser propietario de vivienda en el mercado formal, en urbanizaciones planificadas y en conjuntos cerrados de edificios como Ciudad Verde es, en mayor o menor medida, ser parte de una clase media en formación.

Apuntes teóricos y metodológicos

En este trabajo parto de una visión antropológica en la que la clase se concibe como un proceso que toma forma a partir de las prácticas sociales -que viene desde E.P Thompson (1963) - pero que está también constreñido y posibilitado por procesos estructurales económicos, políticos y sociales más amplios. Y que hay que intentar comprender desde sus perspectivas “nativas”, es decir, como un modo específico de hablar en torno a las diferencias, distinciones y desigualdades surgido en un determinado momento histórico y bajo específicas condiciones sociales (Furber, 1985; Visacovsky, 2008).

En el contexto particular que estudio, que son personas que están viviendo un hito en sus trayectorias residenciales y de clase, que se encuentran en “momentos cruciales en los que se intersecan fenómenos sociales y psicológicos de la producción de personas” (Holland & Leander, 2004); miro los “posicionamientos sociales” como categoría de entrada a la formación de clase en tanto procesos de orientación –o desorientación- social (Bourdieu, 1989, 2000) o de búsqueda, más que ubicaciones estáticas en un espacio social preexistente (Bennett, Savage, Silva, & Warde, 2008; Daloz, 2013; Lamont, 1992). Son posturas que siempre son comparativas, que afirman lo que se es a partir de lo que no se es, que se están transformando, acomodando, disputando y negociando permanentemente.

Para este documento uso un análisis narrativo de los datos obtenidos durante un año de trabajo etnográfico en Ciudad Verde⁵, examinando cómo se invocan ciertas narrativas en busca de un posicionamiento social y también qué hacen, o los usos sociales de estas narrativas (Adamovsky, Visacovsky, & Vargas, 2014). En este caso analizo los usos sociales de la narrativa del ascenso de clase a través de la adquisición de vivienda en propiedad horizontal⁶, atendiendo a las expresiones de los residentes sobre lo que se considera “apropiado” en Ciudad Verde y a los acuerdos y disputas al respecto.

En las entrevistas la categoría “clase social” no fue mencionada explícitamente con frecuencia. Igual que en otras investigaciones en ciudades latinoamericanas, encontré una resistencia a emplear el término (Ariztia, 2009; Dávila, 2016; Rasse, 2011). Pero más que interpretar la ausencia del término como que la categoría de clase no es relevante, decido caracterizarla: en primer lugar, no es una ausencia propiamente dicha, pues los residentes expresan nociones de diferenciación de clase -en términos “nativos” siguiendo a Furbank (1985)- acudiendo a otros criterios diferenciadores como el estrato socioeconómico. En segundo lugar, que no se hable directamente de clase social en un contexto de alta desigualdad socioeconómica puede dar pistas sobre aspectos históricos, sociales y morales que hacen que las diferencias tengan que ser afirmadas y movilizadas acudiendo a otras estrategias discursivas y no discursivas.

¿Cómo se habla entonces de clase en Ciudad Verde? Aquí recogí tanto las referencias directas a clase social y los temas asociados a posicionamientos sociales y diferenciación social, como los eufemismos, metáforas, ambigüedades, humor y otros recursos retóricos que utilizan los residentes. A continuación ilustro algunos ejemplos que muestran cómo se construye la narrativa del ascenso a la clase media pero también los límites de la misma, tratando de diferenciar las referencias a procesos estructurales y las que constituyen la dimensión más cultural de la formación de clase.

Hablar de clase en Ciudad Verde

Sentados en una mesa de la plaza de comidas del centro comercial Mercurio, el más nuevo y grande de Soacha, Leonel, un hombre de 42 años, me contaba cómo llegó a comprar y vivir desde 2010 en un apartamento del sexto piso del conjunto Lirio con sus tres hijas

5 Entrevistas con residentes, conversaciones informales, observación, análisis documental, observación de interacciones entre vecinos y conversaciones a través de Facebook.

6 Régimen por el cual se reglamenta la vivienda en edificios, conjuntos cerrados o condominios.

después de haber vivido en alquiler en un barrio más central, de clase media-baja de Bogotá. Decía Leonel mientras tomábamos un café que el cambio había sido muy positivo pues sus hijas ahora estudian en el colegio (privado) de la ciudadela, a una cuadra del conjunto, y él –que trabajaba antes en la central de abastos como comerciante- comenzó su propia empresa de construcción de los acabados de los apartamentos⁷ y le ha ido bien. Su historia coincidía con lo que desde el discurso se ha tipificado como el ascenso a la clase media en Colombia: esfuerzo personal, trabajo constante, ahorro. Sin embargo, Leonel reconoce que en la ciudadela hay muchos problemas ahora que se está “poblando” más:

Entonces resulta que está llegando mucha clase de gente, que está enseñada a vivir en determinados barrios, con determinados ambientes, donde no era problema el escándalo, donde no era problema de pronto hasta consumir vicio dentro del apartamento, tener niños solos dentro de sus apartamentos, niños incluso pequeñitos, entonces el hecho de conseguir un apartamento implica estar juicioso.

(...) de resto pues todos estamos en el proceso, de cada día ser mejores. O sea, la mayoría estamos en ese plan, de adaptarnos. (...) todos en el proceso. Ahí venden trago en ese conjunto, y hay gente que tomaba todos los santísimos días, se hacían ahí en un rinconcito y beban y beban y beban. Ahora ya es el fin de semana. Ahora a veces lo hacen dentro del apartamento. Entonces como que todos en la tareíta. A las buenas o a las malas, en la tareíta. (Leonel, marzo 4 de 2015, énfasis míos)

En estos fragmentos se sintetizan varios de los elementos que encontré en mis conversaciones con los residentes de Ciudad Verde como fundamentos de la narrativa de ascenso hacia la clase media a través de la vivienda en propiedad horizontal. Leonel enmarca su forma de hablar de los “otros” no como personas de otra clase social sino como personas con una trayectoria diferente, marcada por el lugar donde vivían y los gustos y costumbres que comunmente se asocian al mismo (al barrio popular). Luego sentencia que comprar una de estas viviendas en conjunto cerrado de apartamentos implica tener cierto atributo moral, “estar juicioso”. Al final ilustra que el cambio de comportamiento requerido para vivir en Ciudad Verde es un proceso de adaptación que los residentes van incorporando gradualmente, sea por iniciativa propia o por las restricciones de los reglamentos de propiedad horizontal: “a las buenas o a las malas”. En ningún momento Leonel habló sobre clase social o clase media, pero el trabajo de formación de este nuevo tipo de residente sería a lo que él se refiere como “la tareíta”.

⁷ En Ciudad Verde, como en la mayoría de proyectos de vivienda de interés social en Colombia, las viviendas se entregan en “obra gris”, o sea sin acabados (pisos, puertas, muebles de cocina, estuco de paredes).

Cuando los residentes de Ciudad Verde hablan de clase se refieren a procesos macro de desigualdad (diferencias en estrato socioeconómico, ingresos, nivel educativo, sector ocupacional), pero también resaltan las referencias a la clase como cultura que les permiten construir, negociar y defender su posición en el nuevo mundo social (o en palabras de una residente, esas “pequeñas cosas que muestran la cultura de la gente”). A continuación presento algunos ejemplos discriminando entre las dos dimensiones, las “grandes” y las “pequeñas” cosas (de todas maneras artificialmente, pues se presentan siempre entremezcladas), poniendo atención también a las maneras en que los residentes calibran su posición social y la de los demás, al establecer límites tanto “hacia abajo” como “hacia arriba” que no es conveniente traspasar.

-Las “grandes” cosas: estrato, localización, vivienda propia y educación

La estratificación socioeconómica en Colombia es una categorización orientada a focalizar la inversión social por medio de subsidios cruzados en las tarifas de servicios públicos (los estratos altos pagan un extra, los bajos reciben un subsidio); clasificando las manzanas de la ciudad según la calidad de las construcciones y el entorno urbanístico, como proxy de la capacidad de pago de los residentes urbanos. Sin embargo, el término en Colombia ha pasado a ser un calificativo para las personas -la gente no solo vive en barrios de un estrato determinado, sino que “es” de un estrato determinado⁸, y se usa como eufemismo para hacer distinciones socioeconómicas sin tener que hablar directamente de clase.

Según la clasificación oficial, Ciudad Verde es estrato 3 (en escala de 1 a 6 donde 1 es el más bajo). Es el estrato más alto que hay en Soacha, y el estrato medio y más grande en términos de población de Bogotá⁹. ¿Qué pasa entonces en un contexto en el que hay heterogeneidad socioeconómica pero en el que el estrato oficial es el mismo para todos? Se podría pensar que el estrato perdería significado. Pero en mis conversaciones con los residentes de Ciudad Verde y al observar las interacciones entre ellos, se sigue hablando de estrato –y mucho más que de clase-.

Los residentes usan “estrato” para hablar de diferencias socioeconómicas y culturales,

8 Wallace, A. “Estrato 1, estrato 6: cómo los colombianos hablan de sí mismos divididos en clases sociales” en BBC Mundo Bogotá, 24 de septiembre de 2014. Consultado en:

http://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/09/140919_colombia_fooc_estratos_aw

9 Según la Secretaría Distrital de Planeación, un 34,9% de los hogares de Bogotá se encuentra clasificado en estrato 3. Le sigue el estrato 2 con 32,5%, el 4 con 15,9%, el 1 con 7,4%, el 5 con 5,1% y finalmente el 6 con 4,3% de los hogares (Gallego Acevedo, Gutierrez Ramírez, Ramírez Gómez, & Sepúlveda Rico, 2015).

específicamente en el proceso de calibrar su propia posición en el nuevo mundo social frente a los demás residentes: diferenciarse del que “se le sale el estrato” con comportamientos inapropiados, pero también de a quien “se le sube el estrato”. Y lo hacen incluso refiriéndose a estratos que no existen en las categorías oficiales (estrato 0, estrato 8 o como en el siguiente fragmento, estrato 100):

*“ahi (sic) que recordar que los apartamentos de cv son de interes social y prioritario, o sea para gente que venimos de estrato 1 y 2, sabemos a que clase de barrio veniamos, no nos asustemos ni **nos las vengamos a dar de estrato 100**” (comentario de residente en discusión en página oficial de Ciudad Verde en Facebook, octubre 6 de 2015)*

*“sí o sea, la gente piensa que es que, que se vinieron a vivir acá y es que ellos piensan que están viviendo en un **estilo norte, por allá norte norte**, entonces piensan que, o sea, mejor dicho como dicen vulgarmente **se les sube el estrato**, entonces piensan que pueden montarsela a todo el mundo, que pueden gritarle a todo el mundo, que todo el mundo les tiene que rendir pleitesía porque viven en un conjunto cerrado” (Andrés, marzo 11 de 2015).*

El uso cotidiano del “estrato” para hablar de diferencias sociales en Ciudad Verde es un ejemplo de cómo una de las formas “nativas” más generalizadas para hablar de clase en Colombia nació realmente como una categoría estatal; y es una categoría que “hace clase” –fijando personas en espacios diferenciados- pero a través de la cual también “se hace clase”. El hecho de que una clasificación espacial se use para hablar de clase en Bogotá tiene mucho sentido además si consideramos que la clase en la ciudad está claramente espacializada. Una ciudad con altos niveles de segregación macro, en la que el imaginario de que el norte es para las clases altas, el sur para las bajas y el occidente para las medias puede no corresponder completamente a la realidad en escala micro pero de todas maneras se mantiene vigente en la manera como la gente habla de la ciudad y sus habitantes (de ahí el “estilo norte norte” que menciona Andrés).

En el caso de Ciudad Verde, los residentes me comentaron cómo cuando decidieron comprar su vivienda en la ciudadela tuvieron que enfrentarse a resistencias (propias, de los miembros de su hogar, de familiares y amigos) al hecho de irse a vivir a Soacha, o “al sur”. El caso más marcado fue el de Luz, que vivió en alquiler en barrios centrales de la ciudad mientras tuvo a sus hijos en la casa, y recientemente compró su primera vivienda con su esposo ya en edad de jubilarse:

*Luz: Mi hijo me dijo un día, el que está en Londres, me dijo: yo le voy a decir una cosa mamá, yo **por allá** no pienso ir a visitarla, no se vaya a poner brava, porque yo por allá donde usted vive no quiero ir a conocer, **eso es muy feo**.*

Adriana: y por qué cree que pasa eso?

*Luz: pues porque como uno los tuvo viviendo siempre...¿sí? pues como dice mi hermana, **fueron pobres ricos**. Uno pobre, les dio buen colegio y todo, pues imagínese. (Luz, marzo 11 de*

2015, énfasis míos)

Gabriela, ante la resistencia de sus tres nietos adolescentes de irse a vivir a Soacha con su mamá y su abuela, lo solucionó con humor: “Pues si no les gusta decir que viven en Soacha digan que viven en Soachington”. A dos residentes más también les oí hablar de Soachington como la parte elegante de Soacha, y otros más decían “nosotros vivimos en el norte....de Soacha” en un intento de revertir el estigma del municipio y el imaginario norte/sur. Además, el atractivo de Ciudad Verde como una ciudadela planificada y moderna “que nada tiene que envidiarle a los proyectos de estratos más altos” (como me dijo un funcionario de la constructora), que es permanentemente reiterado desde la publicidad del proyecto, les sirve a los residentes para contrarrestar los posibles efectos negativos de ir a vivir a Soacha. Varios mencionan que las mismas personas a las que les parecía “feo” Soacha quedaron sorprendidas, incluso deslumbradas, al llegar a la sala de ventas y luego a la ciudadela.

Al preguntar a los residentes sobre sus motivos para elegir Ciudad Verde para vivir, la razón más frecuente que mencionaron fue poder acceder a vivienda propia, pues los precios en las localizaciones más centrales eran inaccesibles para ellos. La vivienda en propiedad tuvo un mayor peso en su decisión residencial que las potenciales desventajas de trasladarse a un lugar tan periférico. Por esto, una de las maneras más visibles de diferenciación social es entre propietarios y arrendatarios.

*La persona que llegó le arrendaron por 200, 250 mil pesos, es la persona que **siempre ha buscado el arriendo más barato y el estrato de vida o la forma de vida, llámémoslo, de pronto el término es grosero pero más mediocre.** Aquí hay un arriendo barato y listo, y no me interesa, y tal. Y crean el mal ambiente de convivencia dentro del conjunto. ¿Por qué no sucede lo mismo con el propietario? **porque tiene sentido de pertenencia,** ¿sí? no es con todos, pero en algunos casos se ha presentado ese inconveniente. La diferencia entre propietarios e inquilinos es bien marcada (Leonel, énfasis míos)*

Para los residentes de Ciudad Verde el hecho de tener “casa propia” o de “vivir en lo propio” significa estabilidad y libertad -“ya nadie me dice nada si dejé desorden o no, si llegué tarde o temprano, si me la paso o no en la casa, si me vestí o no me vestí”, me dijo Yuyu-. Pero también significa responsabilidad y sentido de pertenencia. La idea de que “lo que no nos cuesta hagámoslo fiesta” o que la gente cuida más lo que es propio, estuvo muy presente en mis conversaciones con los residentes. Como plantea Gilbert (2001), la propiedad de la vivienda en Bogotá se ha constituido en un “rito de travesía” hacia la conversión en ciudadanos adultos y responsables.

Aunque esta manera de experimentar el cumplimiento del “sueño de la vivienda propia” es la predominante entre los residentes con quienes conversé (tanto que muchos mencionaron el día que les entregaron sus apartamentos como un punto de quiebre en sus trayectorias), también hay excepciones, que obedecen a trayectorias residenciales y de clase distinta en las que tener vivienda propia en Ciudad Verde no es crucial para consolidarse como de clase media. Luz, por ejemplo –la misma que anteriormente contaba que sus hijos habían sido “pobres ricos”- no se emocionó mucho el día que le entregaron su apartamento en el conjunto Palo Rosa:

*Cuando ya me tocó venir el día que me entregaron el apartamento, casi que no me dan permiso en el trabajo para venir a recibirlo. Usted sabe que esas empresas son cansonas. Me vine sola y me lo entregaron a mí sola. Con afán y todo. Hasta la muchacha que me lo entregó, que fue una arquitecta, yo vine como... yo o sea, **no me dio ni emoción ni me dio nada, eso fue de afán (Risas). La muchacha hasta me dijo "cambie esa cara, que éste es uno de los momentos más importantes de su vida". Sí porque yo soy como... como que no soy como muy, como le dijera, ya uno a estas alturas de la vida ya no se emociona de a mucho con muchas cosas en la vida (...).***

Me emocioné más cuando mi hijo se graduó de ingeniero, eso sí me dio de todo, en la universidad el día que le dieron su grado ese día sí casi que no podía ni hablar de la emoción. Pero aquí no, mire que no, no se por qué...tan raro ¿no? porque todo el mundo llora, grita... jajaja.

Adriana: claro, yo por eso hago esa pregunta, porque mucha gente tiene recuerdos muy especiales de ese día.

*Luz: no, no, para mí normal. Yo misma no me expliqué por qué ... no sé. **Son temperamentos, yo pienso que eso son como temperamentos.***

Y pueden ser temperamentos, pero también es probable que Luz se esté posicionando como una persona para quien la educación es más importante que la propiedad de la vivienda (como ya me lo había dicho explícitamente al argumentar por qué vivió tantos años en arriendo para que sus hijos crecieran en “barrios buenos” y estudiaran en buenos colegios). Luz muestra cómo aunque para una mayoría de residentes acceder a una vivienda propia es poder protegerse contra la posibilidad de caer en la pobreza, algunos reconocen también otras posibilidades de ascenso social como la educación, sobre todo la de los hijos (en muchos hogares los hijos mayores son los primeros de la familia en acceder a la universidad).

Otro ejemplo es Juan, un residente de 31 años de uno de los únicos dos conjuntos de casas de la ciudadela, que tiene un taller de bicicletas en el primer piso de su vivienda. Me contaba su historia mientras le hacía mantenimiento a una bicicleta cuando se oyó el llanto de su bebé de seis meses desde el segundo piso. Interrumpió su trabajo y su charla conmigo para ir a atenderlo, y bajó las escaleras con el bebé en brazos.

-Juan: Este [el bebé] está enseñado a ser independiente, a ser combatiente, ahorita tengo las manos limpias (se ríe y me las muestra negras), yo mantengo engrasado porque mantengo aquí todo el día, él tiene que acostumbrarse. Yo lo pongo en esa sillita y ahí se mantiene mirándome.

-Adriana: bueno ahí va aprendiendo el oficio.

-Juan: sí ... no, no, no! (se pone serio y cambia de tema). (Juan, 3 de diciembre de 2015)

Mientras tomaba yo también de la bebida de avena que Juan hizo para su bebé y oía cómo hablaba sobre su idea de alquilar un local para el taller para poder armar la sala de la casa “bien bonita, sin todo este reguero por acá”, me quedé pensando en la situación incómoda del diálogo anterior. Juan se había mostrado visiblemente molesto cuando insinué que su bebé iba a aprender su oficio. Más adelante en la entrevista fue muy enfático en que su prioridad era criar niños bien educados (el mayor, de siete años, estaba en ese momento en el colegio) y que aprovechaba que podía estar por las tardes en la casa para asegurarse de que su hijo no se la pasara tanto tiempo en la calle, lo hacía permanecer una o dos horas en la casa después de clases leyendo o practicando matemáticas antes de dejarlo salir al parque del conjunto. Juan se aseguró de que yo entendiera que su ocupación en un trabajo manual (generalmente asociado a las clases bajas pero de todas maneras con presencia importante entre los residentes de Ciudad Verde¹⁰) era parte de una estrategia del hogar: la esposa (trabajadora social y empleada pública) podía trabajar tranquila y los hijos quedaban bien educados, para en el futuro no tener que dedicarse a trabajos manuales. La idea era entonces todo lo contrario: que su hijo no aprendieran el oficio del papá.

Aunque ese énfasis en la educación como prioridad estuvo presente en varias de mis conversaciones con residentes (y de hecho muchos envían o quieren enviar a sus hijos a colegios privados en vez de a los colegios públicos de la zona que, como me dijo Gabriela son más “masivos”) también está presente la idea de que el hecho de tener títulos no significa “ser educado”. Entre la población adulta no es común ser profesional¹¹, entonces hablar de los títulos se considera ostentoso, sobre todo si estas personas tan educadas no saben tratar a la gente.

*Por ejemplo los de acá [señala al apartamento de al lado], el tipo lo arregló todo [el apartamento], y ella se creía, ella habla con usted y ella es: abogada, pensionada militar, pensionada de la policía, ella es psicóloga, **tiene cantidades de títulos, y es una porquería cuando toca tratarla.** Entonces ¿dónde está la cultura de la señora, dónde está?” (Emilse, 18*

10 Según una encuesta aplicada por la Universidad Piloto de Colombia en Ciudad Verde, el 29% de los residentes adultos son empleados de empresas privada, el 5% empleados públicos, el 26% trabajadores familiares sin remuneración, el 24% trabajadores informales, 7% desempleados, 7% otro, 1% obrero, 1% patrón. Juan estaría entre ese 24% de trabajadores informales.

11 Según una encuesta aplicada por Corpovisionarios en Ciudad Verde, el 57% de los residentes encuestados (mayores de 14 años) tienen secundaria completada, el 17% un título técnico o tecnológico, un 12% universitario y un 1% posgrado. Un 12% tiene solo primaria completa.

de febrero de 2015)

Esta es otra de las maneras en que los residentes “calibran” su posición y la de los demás, en un proceso de orientación social en el que se abre la posibilidad de ser considerado como alguien educado sin la necesidad de tener títulos de educación formal. Aquí comenzamos a encontrar cómo los residentes vinculan factores más estructurales de sus condiciones de clase (ingresos, trabajo, educación, estrato, lugar de residencia) con aspectos más culturales, como veremos a continuación.

-Las “pequeñas” cosas: estética, cultura y moral

Por el hecho de ser un mundo social nuevo, un lugar “sin historia”, Ciudad Verde podría ser una oportunidad para que los residentes se “reinventaran” en términos de clase –no habría forma de distinguir entre unos establecidos y unos marginados o *outsiders* en términos de Elías y Scotson (1994) pues todos son “recién llegados”-. Pero la reinención, cuando se da, no se da desde cero sino que está condicionada por las experiencias y los recursos que cada persona trae de su “vida pasada” y por la capacidad y voluntad que tengan de adaptarse a los comportamientos socialmente deseables (encarnados en los reglamentos de propiedad horizontal).

Como los residentes de Ciudad Verde no se conocen mucho entre sí, pues son proyectos muy grandes en los que no se han generado espacios ni ocasiones para interactuar de manera prolongada, éstos recurren a inferir que “tipo” de gente son sus vecinos con muy poca información¹². Aquí resultan fundamentales entonces los marcadores de distinción más visibles, los que transmiten de manera inmediata y sin ambigüedad información sobre la posición social de la persona. Un ejemplo es la apariencia personal, relacionada con asuntos de consumo como la vestimenta y posesiones pero también con un fuerte componente de racialización, que ayuda a unos y otros a hacer sentido de quiénes conforman su nuevo mundo social. “Yo no vivo pendiente de mis vecinos, pero uno mirándolos los conoce, **con sólo mirarlos sabe cómo son**” me dijo Luz. Al preguntarle a Juan si tenía malos vecinos, me contestó “No. Uno que otro que vive por allá abajo. Que son viciosos, **que a mí no me consta que sean pero sí tienen la cara de ser viciosos**, aunque yo nunca los he visto”.

Y aunque juzgar por las apariencias es algo que se hace comúnmente para identificar a

¹² Similar a lo que Simmel (2005) mencionaba como característico de la vida en las metrópolis modernas.

quienes no hacen parte de la imagen de un “buen vecino”, esto también opera en el sentido contrario. Gabriela me contó como en sus primeros meses de vivir en Ciudad Verde pasó muchos *chascos* por ser diferente (ella venía de un barrio de estrato un poco más alto). El primero le ocurrió cuando una conductora de los “carros pirata”¹³ la robó devolviéndole un billete falso: “Claro, ella **me vio a mí toda arregladita con mi carterita esperando a ver quién me llevaba y dijo “aquí está el cliente”**”. El segundo chasco fue cuando intentaron requisarla al entrar a un almacén del centro comercial:

*“yo pienso que en un sitio a donde uno va, pues yo venía de Bogotá recién, o sea, **más blanquita. Yo soy morenita, pero era más blanquita porque acá se toma uno el color Soachuno, sí, porque el viento, el sol. Y entonces un vigilante de donde uno entra le dio que porque cuando yo salía le tenía que sacar todo lo que llevaba yo en la cartera, pero son de mala gente! Cómo así, seguramente él veía entrar todos los días la gente a comprar en tenis, en chiros, en gorras, yo no uso ni gorra, porque no, yo para qué uso gorra, porque yo para qué uso gorra, ¿cierto? nunca me pongo tenis, solo zapato, entonces yo creo que él dijo, bueno esculquemos a esta** (risa), bueno, yo me choqué. Entonces eran unos casos de adaptación, ¿sí? (Gabriela, septiembre 30 de 2015, énfasis míos)*

Otro marcador de distinción es expresar desagrado con el ruido en los apartamentos. Liliana me contaba que “había una vecina, creo que eran arrendatarios, de una música **como de cabaret** todo el día (...) además que yo no tengo parlantes de cabaret ni nada de eso, eso que suena tan feo”. Para Carlos, de Margarita “mi peor vecino son los “ñeros” esas personas que hacen escándalo, ponen música a todo volumen, bueno hablo de música que **no sea de mi gusto como el reggaetón**, eso no me agrada”. Germán fue más enfático: “aquí al frente vive un joven y es a toda hora con esa música, **ese hip hop de ñeros**, ¿sí me comprende?” El hecho de que los residentes denuncien la música a alto volumen de sus vecinos mencionando el género -rancheras, hip hop, reggaetón- hace alusión a una música considerada como del gusto o de la “cultura” de las clases bajas; que en Ciudad Verde no debería tener lugar.

Junto con la estética -entendida como la forma en que la gente percibe un orden en el mundo que se siente bien, se ve bien, y que termina dándose por sentado como la fuente de lo normativo (Miller, 2009)- entra la noción de “cultura”, que usan los residentes para referirse al conjunto de costumbres, gustos y comportamientos que los residentes consideran “apropiados” para vivir en estos conjuntos (y por lo tanto los comportamientos que se salgan de este marco se califican como “falta de cultura”). Como lo expresa

13 Automóviles particulares que transportan a los residentes de la ciudadela hacia la estación del Transmilenio más cercana, sobre la autopista Sur.

Gabriela al quejarse de unos vendedores ambulantes que suelen instalarse afuera de su portería:

*Mientras tanto nos estamos perjudicando porque ni al conjunto puede entrar, **vienen en el carro mis familiares** o esto y no hay por donde entrar, es un proyecto tan lindo y un conjunto, y el domingo da pena ver ese despliegue de ropa sucia ahí... **por lo menos en mi cultura no está eso, ¿sí? yo digo que hay toda clase de culturas sí, lo que sea, pero deben respetar, ante todo la sociedad se logra respetando los límites.***

Entre los comportamientos clasificados como “falta de cultura” se encuentran, además del ruido en los apartamentos y el “desorden” que generan las ventas ambulantes en el espacio público; dejar objetos personales en los espacios comunales, colgar ropa por las ventanas (es decir, que lo de adentro se vea desde afuera), arrojar basura en la calle, caminar por las zonas verdes en lugar de por las aceras, que los jóvenes socialicen en la calle, que haya niños solos en los parques, incumplir con los pagos de administración y confrontar a los vecinos directamente en vez de buscar la mediación de la administración de los conjuntos. Es frecuente que los residentes atribuyan esta “falta de cultura” a que hay quienes se encuentran más “atrás” en una trayectoria común imaginada: llegar a tener la “cultura de la propiedad horizontal”. De ahí que al hablar de quienes se comportan “como pobres” (sin decirlo de esa manera), los residentes acuden a eufemismos como las expresiones “vienen de...”.

*La mayoría de la gente que vive acá **venía de vivir tal vez en casas normales, en barrios suburbanos, y no tenían el sentido de pertenencia** que tenía uno que si se venía para un conjunto cerrado había que pagar administración, tenía que correr con unos gastos... **la gente pensó que llegar aquí eso era llegar y coger el cielo a dos manos, y pues sí, es más bonito, porque al menos ve uno como más limpio** que en barrios de Bogotá suburbanos, pero la mayoría de gente que ha venido, pues no toda pero **algunos sí vienen de barrios... más bien de estratos bajos.** (Héctor, 21 de octubre de 2015, énfasis míos)*

Y aunque la mayoría de los residentes – incluido Héctor- también vivían o vivieron antes en barrios populares¹⁴, el hecho de estar adaptados (o querer adaptarse) a esta nueva forma de vida hace que puedan señalar a los que no como quienes aún no llegan, quienes todavía viven en el mundo de la “vivienda popular” con los gustos y costumbres asociados a ella. En este punto rescato a Fabian (1983) cuando habla del tiempo físico como dispositivo de distanciamiento: como no se puede ocupar el espacio del otro (o como en Ciudad Verde, cuando toca compartir el espacio con el otro), se ubica a ese otro en un tiempo físico diferente –anterior- para conservar el distanciamiento. De ahí que al señalar

¹⁴ En Ciudad Verde, el 80% de los residentes no vivían antes en propiedad horizontal (encuesta Corpovisionarios, 2015).

comportamientos inapropiados de otros residentes, algunos los califican como “bárbaros”, aludiendo a la vez a una calificación temporal y moral: el bárbaro está en un momento evolutivo anterior al civilizado, es más cercano a la naturaleza que a la cultura, y por lo tanto está abajo también en la escala moral.

Otra manera en que los residentes explican los comportamientos inapropiados o indeseables de los demás es diciendo que en Ciudad Verde hay gente con “mentalidad de pobre” o “mentalidad de inquilinato”. Especialmente en discusiones sobre el tema de ventas ambulantes, que es uno de los más discutidos en Facebook, el debate está entre quienes consideran que es una forma legítima de trabajo ante la falta de oportunidades laborales (la minoría) y quienes afirman que a los vendedores, como lo plantea una residente, “les gusta vivir en el desorden y el desaseo y nos dañan el ambiente a los que queremos vivir bien”.

*“y que pena si alguien se ofende pero esto demuestra que **la pobreza no es solo material sino también espiritual**....es una realidad a los pobres de este país como que nos gusta vivir entre la basura, la bulla, el desorden....**a la pobreza le gusta es el barrio por eso es que se están esforzando en convertir esto en eso en un cochino barrio popular**” (comentario en discusión en página oficial de Ciudad Verde en Facebook, 27 de febrero de 2016, énfasis míos).*

No obstante la aspiración de los residentes a vivir en una ciudadela donde todo funcione, cuando algunos residentes comunican a otros residentes, a los desarrolladores del proyecto o incluso a los medios masivos de comunicación¹⁵ sus inconformidades con las falencias del proyecto o las “promesas incumplidas” (que no se haya construido el hospital y no haya un lugar cercano de atención en salud, que los cupos en los colegios sean insuficientes, que el transporte hacia Bogotá tenga graves deficiencias, que no se reubique a los vendedores ambulantes); otros residentes se oponen porque esto crea una mala imagen del proyecto, “le hace mala fama”. Esto, según estos residentes, es perjudicial para todos porque desvaloriza las viviendas. Generalmente a quienes intentan protestar les contestan “si no le gusta venda y váyase, nadie lo obligó a comprar aquí”.

Cuando un vecino atribuye los comportamientos indeseables del otro a una “mentalidad de pobre” está atribuyéndole la responsabilidad de cambiar. Si se cree que las personas son plenamente libres de elegir dónde y cómo vivir, cuando algo sale mal es fácil atribuir la

¹⁵ Ocasionalmente noticieros locales y nacionales han ido a reportar los problemas de Ciudad Verde

culpa a los mismos individuos¹⁶. Y esta responsabilización del individuo, además de silenciar de cierta forma las resistencias e inconformidades (con el “si no le gusta váyase”), dificulta la capacidad de organización y movilización social de los residentes, pues el hecho de demandar que el estado o la constructora privada supla algunas necesidades de los residentes estaría indicando una falta de capacidad para valerse por sí mismo, una incapacidad de tener una visión de largo plazo y poder esperar a que el proyecto cumpla lo prometido. No sorprende entonces que en esta ciudadela las pocas protestas que se organizaron durante mi trabajo de campo hayan tenido tan poca acogida.

Consideraciones finales: aspiraciones y realidades de clase

En un contexto en el que las posibilidades de ejercer una plena ciudadanía son tan limitadas como éste, participar del proyecto de la clase media emergente es una vía que muchos residentes ven posible. Cumplir “el sueño de la vivienda propia” y saber convivir en propiedad horizontal son metas relativamente nítidas en un panorama (laboral, educativo) borroso. Sin embargo, como mostré con las narraciones de los residentes de Ciudad Verde, la narrativa de ascenso a la clase media mediante el acceso a una vivienda propia en conjunto cerrado de apartamentos no es omnipresente ni unívoca, tiene límites y excepciones.

Quienes se alinean con esta narrativa en Ciudad Verde tienen que adscribirse a algunas cosas y resistir otras. Adscribirse a asumir el ascenso social como un proceso en el que el barrio popular y la pobreza están en el pasado y la clase media (encarnada en la vivienda en propiedad horizontal) es el futuro. Aceptar que para insertarse en este proceso hay que tener y mostrar ciertos valores: ahorro, “visión de futuro” y responsabilidad para poder cumplir el “sueño de la vivienda propia”; respeto, tolerancia y autorregulación para vivir en un conjuntos cerrado en propiedad horizontal. Como consecuencia, muchos residentes de Ciudad Verde aceptan y promueven restricciones estéticas y de comportamiento en el marco de la regulación de propiedad horizontal, aunque esto pueda limitar su margen de acción y sus posibilidades de sociabilidad. Pero también les toca resistir o intentar subvertir estigmas espaciales persistentes sobre Soacha, sobre “el sur”, sobre la vivienda de interés social. Y lo hacen señalando que la vida en Ciudad Verde tiene problemas “como en todas partes” pero que comparada con lo que tienen alrededor es “Soachington”;

¹⁶ Como menciona Simone (2013) en relación con las sensibilidades e imaginarios de las clases medias urbanas en el “sur global” a partir del caso de Jakarta, “el mensaje cada vez más parece ser: debes hacer todo por ti mismo y tú eres el único responsable”.

general los problemas se deben a comportamientos indeseables (de personas indeseables). Lo hacen también estableciendo los límites superiores e inferiores de sus posicionamientos de clase –al evitar que “se le suba el estrato” y al mismo tiempo prevenir que “se les salga el estrato” o que los clasifiquen como residentes “sin cultura”- .

Sin embargo, la capacidad de los residentes para subvertir procesos socioespaciales, económicos y políticos de escala macro es limitada. Residir en Ciudad Verde implica todavía carecer de condiciones de accesibilidad, acceso a servicios urbanos y oportunidades económicas en comparación con las áreas más centrales de Bogotá. Estas “grandes cosas” se escapan del alcance de los residentes, y más aún en un contexto en el que las posibilidades de organización y movilización social son limitadas por los efectos de la misma narrativa de lo que debe ser un residente de propiedad horizontal en tránsito hacia la clase media.

Bibliografía

- Adamovsky, E., Visacovsky, S., & Vargas, P. (2014). *Clases medias. Nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología*. Buenos Aires: Ariel.
- Álvarez-Rivadulla, M. J. (2016). *Middle classes in Bogotá and Montevideo: “people should know their place”* (Working paper presented at LASA Conference 2016).
- Ariztia, T. (2009). *Moving home: the everyday making of the Chilean middle class*. London School of Economics.
- Bennett, T., Savage, M., Silva, E., & Warde, A. (2008). *Culture, Class, Distinction*. London: Routledge.
- Beuf, A. (2012). De las luchas urbanas a las grandes inversiones. La nueva urbanidad periférica en Bogotá. *Bulletin de l’Institut français d’études andines*, 41(41 (3)), 473–501.
- Bourdieu, P. (1989). Social space and symbolic power. *Sociological theory*, 7(1), 14–25.
- Bourdieu, P. (2000). *Pascalian Meditations*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Cuervo, N., & Jaramillo, S. (2009). *Dos décadas de política de vivienda en Bogotá apostando por el mercado*. Documento CEDE- Uniandes (Vol. 31). Bogotá.
- Daloz, J.-P. (2013). *Rethinking Social Distinction*. Palgrave Macmillan.
- Dávila, A. (2016). *El Mall: The Spatial and Class Politics of Shopping Malls in Latin America*. University of California Press.
- Elias, N., & L. Scotson, J. (1994). *The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems* (2a ed.). London: Sage.
- Fleischer, F. (2010). *Suburban Beijing: Housing and Consumption in Contemporary China*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Furbank, P. N. (1985). *Unholy pleasure, or, The idea of social class*. Oxford University Press.
- Gallego Acevedo, J. M., Gutierrez Ramírez, L. H., Ramírez Gómez, M., & Sepúlveda Rico, C. E. (2015). *Subsidios y contribuciones. Balance financiero de los hogares bogotanos*. Bogotá.
- Gilbert, A. (2001). ¿Una casa es para siempre? Movilidad residencial y propiedad de la vivienda en los asentamientos autoproducidos. *Territorios*, 6, 51–73.
- Heiman, R., Liechty, M., & Freeman, C. (2012). Introduction: Charting an anthropology of middle classes. En *The Global Middle Classes: Theorizing Through Ethnography* (pp. 3–29). Santa Fe: School for Advanced Research Press.

- Holland, D., & Leander, K. (2004). Ethnographic Studies of Positioning and Subjectivity: An Introduction. *Ethos*, 32(2), 127–139.
- Kopper, M. (2013). *La invención de la nueva clase media brasileña: de la antropología de los números a las políticas de movilidad social*. Recuperado a partir de https://www.academia.edu/25935949/La_Invencci3n_de_la_Nueva_Clase_Media_Brasileña_De_la_Antropolog3a_de_los_N3meros_a_las_pol3ticas_de_Movilidad_Social
- Lamont, M. (1992). *Money, Morals, and Manners: The Culture of the French and the American Upper-Middle Class*. University of Chicago Press.
- Miller, D. (2009). *Anthropology and the individual : a material culture perspective. Materializing culture*. Oxford ; New York: Berg.
- Rasse, A. (2011). *Juntos pero no revueltos: Inclusi3n y cohesi3n social en casos de proximidad residencial entre hogares de distinto nivel de ingresos*. Pontificia Universidad Cat3lica de Chile.
- Simmel, G. (2005). *The Metropolis and Mental Life*. (J. Lin & C. Mele, Eds.), *The Urban Sociology Reader*. New York: Routledge.
- Thompson, E. . (1963). *The making of the English working class*. New York: Vintage Books.
- Visacovsky, S. (2008). Estudios sobre “clase media” en la antropología social: una agenda para la Argentina. *Avá. Revista de antropología*, (13).